

Enterremos las armas

POR COLLEEN CONRAD TORRIE

Apúrate, mamá —dijo Darío, de ocho años de edad, mientras tomaba el libro de *Relatos del Libro de Mormón* y se sentaba en el sofá.

Marisa, de seis, se subió al sofá y se sentó junto a su hermano.

— ¡Qué bueno! —exclamó, mientras aplaudía con entusiasmo.

La mamá se sentó entre ellos dos y abrió el libro.

—Vamos a ver... ayer leímos acerca de los anti-nefi-lehitas, ¿no es así?

Darío asintió con la cabeza y dijo:

—Eran lamanitas y se habían convertido al evangelio; ¿se acuerdan?

— ¡Y eran muy malos! —agregó Marisa.

— Sí, eran muy inicuos, pero se convirtieron a la Iglesia y querían demostrar que se habían arrepentido de sus pecados. Para ello, le prometieron al Señor que nunca más volverían a pelear, y enterraron en un gran pozo todas las armas de guerra que tenían. ¿Ven?

— dijo la mamá, señalando las figuras.

— ¡Cuántas armas! —exclamó Darío—. ¡Espadas, arcos y flechas y muchas cosas más!

— ¡Qué buena idea! —agregó Marisa—. Enterremos las armas nosotros también.

— Marisa, no seas tonta; nosotros no tenemos armas —dijo Darío con una risa burlona.

— Bueno —dijo la mamá—, ustedes no usan espadas ni arcos y flechas, pero a veces dicen cosas que también hieren.

Marisa quedó pensativa y preguntó:

— ¿Qué decimos?

— Palabras feas —contestó la mamá.

— Palabras como *estúpido e idiota*, ¿verdad? —preguntó Darío.

— ¡Eso mismo! —exclamó la madre—. A veces las palabras duelen tanto como una bofetada.

— ¡Entonces debemos enterrar todas esas palabras y

no volver a usarlas más! —dijo Marisa.

— ¡Ya sé lo que haremos —dijo la mamá—. Ustedes me dicen las palabras que creen que hieren a los demás y yo las escribiré en pedacitos de papel. Luego haremos un gran hoyo en el jardín y las enterraremos, tal como hicieron los lamanitas con las armas de guerra.

— ¡Qué buena idea! —exclamó Darío.

Por lo tanto, cortaron una hoja de papel en varios pedazos; pensaron en todas las palabras ofensivas que conocían y las dijeron en voz alta, y la mamá las escribió en los pedacitos de papel.

—Vamos, Marisa; hagamos el hoyo —dijo Darío con entusiasmo. Ambos se dirigieron al lugar donde el papá guardaba las herramientas del jardín, tomaron una pala y buscaron un lugar para enterrar "sus armas".

Darío trató de cavar un hoyo, pero la tierra estaba tan dura que tan sólo logró levantar unos terroncitos.

— ¡Qué flojo eres! —dijo Marisa en tono de burla.

— ¡Mira quien habla! ¡Flacuchenta! —replicó Darío, pero inmediatamente se detuvo y agregó:

— ¡Yo creo que tenemos que enterrar esas palabras; discúlpame, Marisa!

— Discúlpame tú a mí —dijo Marisa, acongojada—. ¿Por qué no pruebas con esto? —le sugirió, extendiéndole una pala de mano que usaban para jugar en la arena.

Darío la tomó con la mano y la enterró en la tierra mientras su hermanita hacía lo mismo con un palo.

En pocos minutos estaban los dos cubiertos de tierra, pero por fin lograron hacer el hoyo que deseaban. Pusieron en él todos los pedacitos de papel en los que la mamá había escrito las palabras desagradables y ofensivas que ellos le habían dicho y entonces los taparon con tierra.

— ¿Ya terminaron? —preguntó la mamá desde la ventana de la cocina—. He preparado un refrigerio para mis dos anti-nefi-lehitas, porque estoy segura de que tienen hambre—prosiguió.

— Sí. Por fin hemos enterrado las armas —dijo Darío.

— Y nunca más las volveremos a usar —agregó Marisa con convicción. D

